

determinada" (30); la "poesía pura" es también una ideología, aunque paradójicamente funcione más como elusión de la realidad (de la coyuntura histórico-social) que como alusión a ella. Se hacen patentes estas contradicciones de modo especial a partir de 1930, cuando, en defensa ante las acusaciones de frialdad, muchos autores revisan sus críticas anteriores tratando de rescatar elementos humanos de las "poéticas deshumanizadas". Es cierto (como dice Guillén) que la generación del Veintisiete no buscó nunca un formalismo huero, pero también debe admitirse que si la forma no se hallaba vacía no era porque estuviere ajustada a su contenido, que de cualquier manera querían aniquilar para permitir el puro placer de las formas, sino porque estaba llena de sí misma (o tenía esa ilusión).

Y, ¿qué entendemos por vanguardia? Ruptura. Pero no fue así en España. Así como en Europa la vanguardia pretendió la ruptura con la ideología burguesa y los discursos relacionados con su tradición, en España –sobre todo en la segunda promoción de vanguardia que es el veintisiete–, donde no había un discurso hegemónico burgués, se trata de lo contrario: de construir el espacio favorable para el acondicionamiento de la modernización burguesa y la construcción de España como un estado europeo a todos los niveles. Pero, para construir, a veces es necesario echar los viejos cimientos abajo, tener la libertad de destruir las formas... porque la libertad de la forma es también una forma.

Sólo pondré al autor, Miguel Ángel García, una objeción (y siento hacerlo en último lugar): sin duda hay modos más sencillos de decir las cosas y a este libro le falta sencillez; a veces, el excesivo afán de abarcar todos los aspectos de un fenómeno, en lugar de iluminarlo, lo devuelve hecho multiplicidad de cristales. La reseñista no ha podido pegar todavía todos los cristales.

M<sup>a</sup> Elena Antón  
Universidad de Navarra

LEÓN, Fray Luis de. *Poemas completas: propias, imitaciones y traducciones*. Ed. Cristóbal Cuevas. Clásicos Castalia 262. Madrid: Castalia, 2001. 759 p. (ISBN: 84-7039-898-9)

Aparece adaptada a la colección de bolsillo "Clásicos Castalia" la edición de la poesía de fray Luis de León preparada por Cristóbal Cuevas para la "Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica" (*Poemas completas: obras propias en castellano y latín y traducciones e imitaciones latinas, griegas, bíblico-hebreas y romances*. Madrid: Castalia, 1998). El libro conserva su rigor y amplitud, pero admite algunas concesiones al nuevo medio divulgativo, que lo hacen algo más manejable para un público no especializado.

El estudio introductorio trata cuestiones especializadas, como la cronología y el orden del poemario, quizá más apropiadas de la "Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica" que del formato divulgativo de ésta. Ciertamente Cuevas escribió una in-

troducción ejemplar para *De los nombres de Cristo* (Letras Hispánicas 59. Madrid: Cátedra, 1977; 5ª ed. 1986), con un panorama del siglo XVI español y de la actividad de fray Luis, más un análisis pormenorizado de la obra; y no era cuestión de repetirse aquí.

Dos apartados de la introducción atañen especialmente a la interpretación de los textos. El primero, "Fray Luis, autor de un poemario" (19-27), procura esclarecer el conjunto de los poemas a la luz de sus secuenciaciones parciales, tal como las esboza el autor en el prólogo dedicatoria a Portocarrero: obras propias, traducciones e imitaciones profanas, traducciones sagradas. Al plantear la cuestión del "poemario" Cuevas se sitúa en el horizonte abierto por Julio Baena (*El poemario de Fray Luis de León*. New York: Peter Lang, 1989), quien procura interpretar las poesías atendiendo a su distribución y ordenación en secciones; cada poema, expone, no es un mensaje aislado, sino parte de un mensaje global, y su relación con cuanto lo antecede y sigue es significativa. Lo cierto es que no conservamos el "poemario" de fray Luis tal como pudo ser compuesto para Portocarrero; no llegó a publicarse, y se le unieron otras poesías que fray Luis no había incluido en ese "poemario" particular. Según Baena, lo más cercano a él es la edición de Quevedo, aunque hay que excluir algunos textos. La interpretación de Baena es muy sugerente, pero se apoya en muchas hipótesis; Cuevas puede oponerle que "tampoco conocemos el orden que fray Luis dio a sus composiciones dentro del poemario" (22). Además, no se trata de editar precisamente el hipotético poemario destinado a Portocarrero, sino "*omnia quae exstant operá*" (19). Cuevas se limita a señalar un sentido ascensional en la tripartición: primero, por modestia, las obras propias, y se camina "desde lo individual patético, pasando por lo monumental clásico, hasta lo sacro revelado" (21). El planteamiento tiene la ventaja de la economía frente a las múltiples hipótesis de Baena; pero, si éste suponía demasiado para explicar todo lo posible, Cuevas explica demasiado poco. ¿Es plausible situar el poema propio "A la Ascensión" por debajo de la versión de la Égloga II de Virgilio?; ¿se encuentra ésta en un camino ascendente desde la poesía religiosa propia hacia la bíblica? Esto no se aviene con las consideraciones de fray Luis acerca de la poesía sagrada y las letras profanas (en *De los nombres de Cristo*, "Dedicatoria" del libro primero, y nombre "Monte"; y en el presente libro de poesías, en la nota "al lector" que antecede a las traducciones bíblicas). Resulta más coherente el planteamiento general de Baena (aparte de los detalles discutibles): la poesía propia manifiesta un anhelo que queda frustrado en este mundo; las traducciones profanas son ejemplos de seducciones engañosas de paz mundana; los textos bíblicos ofrecen consuelo y esperanza trascendente (después de la edición de Cuevas surge una nueva aproximación al sentido conjunto del poemario: Alcántara Mejía, José Ramón. *La escondida senda: poética y hermenéutica en la obra castellana de Fray Luis de León*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002. Ver páginas 241-69). Pese a todo, el concepto de poemario no pierde su valor instrumental en esta edición, que luego se comentará; además, no deja de ser interesante para el lector el camino que se abre con ese concepto, y quizá sea útil que

Cuevas no lo apure, dejando que cada uno avance por él, si lo desea, hacia conclusiones personales.

El apartado "Las traducciones en verso de fray Luis de León" (27-35) esboza la teoría de la traducción del poeta y examina cómo la llevó a la práctica. Son páginas muy sucintas que bastan para dar idea completa de la atención que prestaba fray Luis a todos los matices del significado y del significante, y de las diversas técnicas que empleaba para trasvasarlos; muestra también los distintos grados de fidelidad, desde el literalismo hasta la versión libre con ampliaciones, omisiones, reducciones, inclusión de nuevos motivos, etc. En esta sección se podría haber hecho uso del trabajo de J.J. Sendín sobre las diferencias de las traducciones y versiones del *Libro de Job* hechas por fray Luis ("Las exposiciones del Maestro León, o cómo se hace literatura a propósito de las Letras Sagradas". *Fray Luis de León: Historia, humanismo y letras*. Ed. Víctor García de la Concha y Javier San José Lera. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996. 701-07). También se echa de menos una referencia a la novedad que supusieron en su tiempo las traducciones de Horacio y la Biblia por fray Luis (ver Blecua Perdices, Alberto. "El entorno poético de fray Luis". *Fray Luis de León: actas de la I Academia Literaria Renacentista, Salamanca 10-12 de diciembre de 1979*. Ed. Víctor García de la Concha. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1981. 77-99).

Es conocida la dificultad que entraña el establecimiento de los textos de la poesía de fray Luis, conservada en numerosos manuscritos antiguos y editada sólo póstumamente. Cuevas sigue con preferencia la edición de Quevedo (1631), como hizo Oreste Macrí y sancionó el estudio de Helena García Gil (*La transmisión manuscrita de Fray Luis de León*. Salamanca: Diputación, 1988). Recientemente ha vuelto a basarse en Quevedo José Manuel Blecua, editor que ha examinado el mayor número de testimonios (Fray Luis de León. *Poesía completa*. Ed. José Manuel Blecua. Biblioteca Románica Hispánica IV/19. Madrid: Gredos, 1990). Al igual que éstos, Cuevas se distancia expresamente de la opción que hizo Vega por el manuscrito "Jovellanos" (Fray Luis de León. *Poetas*. Ed. Ángel Custodio Vega. Madrid: Saeta, 1955). Como muchas ediciones divulgativas han seguido a Macrí, y como actualmente el texto de Blecua posee la mayor autoridad, Cuevas puede apoyarse en un amplio consenso, expreso o tácito, y en las investigaciones de García Gil. No obstante, habría sido oportuna alguna justificación; tanto más cuando considera de algún peso la postura de Margherita Morreale, a quien dedica una nota: "en reciente conversación sobre el tema (12.IV.1997) me comunica que [...] se ha replanteado el tema, prefiriendo ahora las propuestas de Vega a las de Macrí y Blecua" (47). La nota estaba ya en 1998 (40). Ese mismo año Morreale publicó un artículo sobre la cuestión ("Fr. Luis de León: Breve storia delle edizioni e problemi attinenti". *Cultura-Neolatina* 58 [1998]: 341-49), donde aporta algunos indicios del *usus scribendi* de Fray Luis tomados de autógrafos, que autorizan "Jovellanos" frente a "Quevedo" (ver también el posterior "Problemas irresueltos de la edición de los versos de Fr. Luis de León ejemplificada en la versión de las églogas virgilianas". *La Corónica*

30.2 [2002]: 335-49). La nueva edición de Cuevas no recoge estos datos ni incluye el artículo en la bibliografía. Esto no empaña la calidad de los textos presentados en este volumen, que sin duda son muy válidos y se apoyan en investigaciones y en una tradición consistentes; pero es verdad que la cuestión del texto más autorizado no está tan zanjada como deja entender la introducción.

Cuevas ofrece una colección completa de los escritos en verso de fray Luis de León, organizada en las tres secciones ya dichas: obras propias, traducciones e imitaciones profanas, traducciones sagradas. Incluye, además de los textos de las colecciones *Quevedo* y *Jovellanos*, los que se encuentran dispersos dentro de obras en prosa, por ejemplo los fragmentos de poesías latinas y modernas usados en comentarios de *Job* y el *Cantar de los cantares*. De acuerdo con lo expuesto en la introducción acerca del poemario, Cuevas integra cada uno de estos fragmentos en la sección que le corresponde. El conjunto queda configurado de manera distinta que en la edición de Blecua (quien ya había recogido los textos dispersos). Blecua situó en una primera sección las obras propias y las traducciones e imitaciones profanas modernas, en una segunda las traducciones clásicas, y en una tercera las bíblicas. En cambio, Cuevas sitúa en la segunda sección las imitaciones y traducciones profanas tanto antiguas como modernas, y en eso resulta más fiel a la disposición que estableció fray Luis en el prólogo dedicatoria a Portocarrero.

Los textos de fray Luis de León se presentan con una casi total modernización ortográfica, no sin cuidado de evitar aquellas alteraciones “que implican *con toda certeza* cambios fonológicos importantes” (51; cursiva original). La presentación resulta más moderna que la de 1998, donde se conservaba, por ejemplo, la graffa ꝑ; queda muy lejos el conservadurismo ortográfico de la edición de *Nombres*, justificado allí por lo que podía tener de programático la ortografía de fray Luis (cultismos gráficos, opción por determinadas pronunciaciones). Está claro que el cambio ortográfico implica una pérdida de valores del original a cambio de una ganancia en cercanía, familiaridad para el lector actual; en una edición como ésta de las poesías, sin duda el balance es favorable.

En cuanto a la anotación, es extensa, rigurosa y pertinente. Una amplia nota inicial a cada poema señala la posible fecha, ocasión y sentido general; luego los versos llevan al pie aclaraciones de significado léxico, fuentes y referentes culturales. Casi todos los textos que la edición de 1998 ofrecía en latín se encuentran en ésta traducidos al español, como es propio de su carácter divulgativo. Con buen criterio, las notas amplían la perspectiva y proporcionan un contexto que, para fray Luis de León, siempre es erudito y riquísimo; no se utilizan para imponer interpretaciones determinadas. De todas formas, en algunos casos parece traslucirse una opción interpretativa, cuando se aportan para un poema fuentes literarias clásicas y humanísticas, pero pocas o ninguna bíblicas. Por ejemplo, la oda I “A la vida retirada” podría ilustrarse, junto con tópicos de Horacio y Petrarca, también con referencias al *Génesis*, al salmo 23, al *Cantar de los Cantares*, a los evangelios, de acuerdo con las consideraciones de Ricardo Senabre (*Tres estudios sobre fray Luis de León*. Salamanca:

Universidad, 1978) y de Colin Thompson (*La lucha de las lenguas: fray Luis de León y el Siglo de Oro en España*. [Valladolid]: Junta de Castilla y León, 1995). Asimismo, podría haber ilustrado las odas VIII y X un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín (IX, 10), destacado por Thompson ("La tradición mística occidental: dos corrientes distintas en la poesía de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León". *Edad de Oro* 11 [1992]: 187-94). Da la impresión de que esta edición distingue entre poesías profanas y religiosas, y las primeras se anotan con un mínimo de referentes religiosos. Así también, alguna nota que aporta distintas interpretaciones está redactada con cierto sentido excluyente. A propósito del famoso "huerto" de la oda I, se escribe: "para muchos, la quinta de La Flecha [...]; para Senabre [...], el huerto de las virtudes, que se labra con esfuerzo; para mí, el idílico de la literatura bucólica" (87; la nota de 1998 se ha modificado). Semejantes distinciones no son necesarias: un huerto real se puede presentar mediante tópicos del género bucólico y recibir un sentido moral y religioso, sobre todo si se tienen en cuenta los referentes bíblicos que Cuevas omite aquí. Se trata de ampliar el sentido, no de restringirlo, como bien sabía el poeta.

De todas formas, el balance de la edición es muy positivo. Su aparición en 1998 supuso una gran colección de textos de fray Luis y un cúmulo de erudición para orientar su lectura. Ahora se presenta de forma divulgativa, con un texto de apariencia más familiar para un público amplio, y notas que se hacen más accesibles sin perder rigor. En algunos puntos se pueden señalar interpretaciones inexactas o limitadas, pero en conjunto es un instrumento magnífico para quien desee conocer o estudiar la obra en verso de uno de los máximos poetas españoles.

Luis Galván  
Universidad de Navarra

PORTO DAPENA, José-Álvaro. *Manual de técnica lexicográfica*. Madrid: Arco/ Libros, 2002. 367 pp. (ISBN: 84-7635-508-4)

El *Manual de técnica lexicográfica* se presenta, desde su "Introducción", como una obra con vocación didáctica. En las páginas iniciales, el profesor Porto Dapena denuncia la escasa atención que se ha prestado a la técnica lexicográfica —frente al más trillado estudio de la historia de la lexicografía— y se propone exponer una serie de principios generales que puedan servir de guía para los estudiantes universitarios, lexicógrafos del mañana.

El capítulo primero presta atención a los conceptos fundamentales de "lexicografía" y "diccionario". Después de revisar distintos enfoques sobre la relación entre lexicología y lexicografía, el autor propone la distinción de una lexicografía científica frente a una lexicografía técnica, y una lexicografía práctica que se opone a la lexicografía teórica; concluye que la "lexicografía es la disciplina que se ocupa de todo lo concerniente a los diccionarios" (23). Por otra parte, la lexicografía se define como